

Reseñas de libros

**LA PAURA E LA SPERANZA.
EUROPA: LA CRISI GLOBALE CHE SI AVVICINA E LA VIA PER SUPERARLA**
Giulio Tremonti
Mondadori, Milán, 2008,
112 pp.
ISBN: 9788804580669

En este libro, que obtuvo un gran éxito y que probablemente desempeñó un papel importante en la reciente campaña electoral italiana, Giulio Tremonti reitera algunas de las tesis expresadas en el libro *Los riesgos fatales* de 2005, e introduce algunos elementos nuevos. Así, se reitera la tesis según la cual la causa fundamental de las dificultades –principalmente económicas, pero en relación con lo social– del momento actual, es la aparición de la globalización de una manera no controlada. En particular, con la admisión de la caída, en un período muy corto de tiempo, de todas las barreras a la movilidad de las personas, empresas y capitales, sin prever las consecuencias de tal modo de proceder. Y esto en una situación en la que los actores –los países, las instituciones– que han llegado a enfrentarse en el escenario mundial fueron (y siguen siendo) los países con normas internas de producción y de intercambio enormemente diferentes entre sí. Reglas (lo que significa también la ausencia de reglas) que afectan de manera enorme en el costo de sus productos y en sus capacidades y posibilidades de superar a la competencia

en el mercado internacional.

Tremonti subraya –citando repetidamente lo que escribiera no sólo en *Los riesgos fatales*, sino también en su libro anterior *El fantasma de la pobreza*, de 1995, y en varios artículos publicados en periódicos y revistas– que se trató de un error muy grande el no haber realizado una admisión gradual de los nuevos grandes socios en la competencia económica y comercial a escala mundial. Gradualidad que, en cambio, fue aplicada en la experiencia del Mercado Común Europeo, en cuyo ámbito tomó medio siglo –entre países muy similares en sus estructuras de producción legislativa y en la estructura social– para que se llegara a la plena movilidad de bienes y factores de producción. Todo esto sin siquiera introducir –en la Unión Europea– las “vías de salida”, que, por ejemplo, los EE.UU. se han reservado en los acuerdos internacionales, y que utilizan habitualmente con diversos mecanismos de protección para sus empresas cuando lo consideran oportuno y necesario.

Este modo de proceder ha determinado una situación de dificultades generalizadas para las personas y las familias; dificultades que se traducen en una situación de temor ligada a aquello que Tremonti define como “el fantasma de la pobreza”.

“El fantasma de la pobreza está llamando a nuestras puertas. El fantasma de la pobreza material, pero sobre todo el fantasma de la pobreza espiritual, la madre de todas las pobrezas. Tras el éxtasis producido por la droga ‘mercadista’, ahora viene la depre-

sión [...]. En la gran familia de las ideas el ‘mercadismo’, el fanático encierro del mundo en el liberalismo económico, la fe ilusoria en la que muchos han creído en los últimos años, tiene un muy ilustre antepasado, la Ilustración.

Un lejano antepasado de más de dos siglos y, desde luego, muy prestigioso y famoso. El ‘mercadismo’ es su último descendiente, un descendiente astuto y calculador, comercial, terminal.

Como hace dos siglos, la Ilustración coloca al individuo en el centro del universo y de la historia, y con la palanca de la razón lo saca de la oscuridad introduciéndolo en la perspectiva de un continuo progreso material capaz de garantizar el derecho a la felicidad; por lo que la nueva modernidad ‘mercadista’ nacida en la globalización y de la globalización es candidata a ser en los próximos decenios una nueva fe racional y secular. Una fe diferente de la Ilustración pero que, sin embargo, en último término, ha prevalecido sobre ella. Prevalencia basada en el nuevo carácter concreto del ‘mercado’ en lugar de la antigua y superada abstracción de la ‘sociedad’ ideal; prevalencia basada en ‘intereses’ en lugar de en ‘ideas’, ya no capaces de atraer y, por tanto, ya no de moda; prevalencia basada en ‘deseos’ proyectables sin límite en nuevas dimensiones de sueño, en lugar de en las antiguas ‘necesidades’ materiales, ahora en Occidente casi todas más o menos satisfechas” (pp. 8-9).

Frente a esto, Tremonti se hace algunas preguntas cruciales. “¿Qué cosa ha sucedido en los últimos años en Europa que ha cambiado nuestras vidas? ¿Qué nos ha quitado la esperanza? ¿Qué nos ofrece un futuro sin futuro? ¿Por qué hemos desechado la vida campesina y ya no sabemos conducir la modernidad? ¿Por qué hemos cambiado los valores por los intereses, el ser por el tener, el humanismo por el consumismo? ¿Por qué cambiando lo grande por lo chico, hemos firmado un contrato mefistofélico con el ‘dios mercado’? ¿Por qué pasando con desenvoltura *from Marx to market*, de la utopía comunista a la utopía mercadista, hemos hecho del mercado nuestro único nuevo

hábitat? Un nuevo territorio poblado por nuevos símbolos, nuevos íconos, nuevos tótem [...]. En la forma dinámica continua de un nuevo materialismo histórico, la fábrica ilusoria del nuevo hombre posmoderno” (p. 10).

Y, más aún, “¿por qué Europa ya no es la señora de la historia e incluso está en riesgo de ser desplazada de la historia, permaneciendo sólo como una aglomeración geográfica? ¿Por qué los otros en el mundo tienen una política, mientras nosotros en Europa tenemos por política la ‘no-política’? ¿Qué podemos hacer para revertir esta tendencia, para escapar de esta fatalidad evitable?

El mito del siglo XXI, el mito de la economía como dominadora absoluta de nuestra existencia, matriz exclusiva de todos los saberes y todos los valores; el mito en el cual sobre todo en Europa tanta gente ha creído en los últimos años, nos ha robado, en realidad, un pedazo de vida y de historia –como sucedió antes con nuestro viejo orden y con nuestras antiguas leyes, con nuestras tradiciones y valores que creíamos inmutables, inmersos en nuestra ‘cultura’– y luego fracasó en su plan innovador y progresista de ingeniería social global movido por el primer motor de las finanzas” (p. 11).

“En el origen de la crisis han estado la cultura del ‘68 y, como su reflejo, la democracia del ‘68 con la multiplicación y la sublimación de los derechos respecto a los deberes: la democracia desde abajo, la democracia permanente, la democracia de los sindicatos universales y de los comités territoriales han sido su efecto. De este modo se ha formado un anillo perfecto, un ciclo histórico completo. Un ciclo que comienza con el trágico y secular ‘particularismo’ italiano. Un ciclo que desde mediados del siglo XIX toma una curva, pasando a través del proceso de unificación institucional nacional de Italia. Un ciclo que desemboca después en el fascismo y que conoce, de este modo, una última fase vital en las dos primeras décadas de oro de la posguerra, para entrar, por último, en una fase de involución desde el ‘68 hasta el presente.

El efecto de este proceso fue la destrucción del ‘capital institucional’ del país. El

ácido del '68 no sólo ha corroído el 'capital cultural', sino también el institucional, un tipo de capital que siempre ha sido importante, pero que se ha convertido en estratégico en la era de la competencia global.

Y precisamente por esto, para reconstituir tanto el capital cultural como el capital institucional, cada vez más necesarios para competir, la nueva política debe basarse en un conjunto articulado de valores" (pp. 85-86).

Tremonti analiza ampliamente los errores cometidos y la realidad que se enfrenta especialmente en el ámbito financiero a escala mundial, con graves consecuencias en términos de la economía real: es decir, en términos de producción y de empleo en los distintos países. No habla casi nunca específicamente de Italia, porque considera la situación en Europa en su conjunto; cree que la crisis que enfrentamos es de escala mundial, pero que implica en modo particularmente negativo a Europa y, por lo tanto, también a nuestro país (Italia).

Las causas de tal forma de proceder están en la difusión de una filosofía, de una concepción cultural que, aparentemente, ha permeado a nuestra sociedad, la sociedad occidental, a partir de sus clases dirigentes, y que ha conducido a la difusión de una versión deformada de la economía de mercado y, en particular, a una visión deformada del pensamiento liberal en el ámbito del cual es enfatizada la dimensión económica.

"El liberalismo se basaba en un *principio de libertad* aplicado al mercado. El comunismo en una ley de desarrollo aplicada a la sociedad. El mercadismo es la síntesis de ambos. Porque aplica al mercado una ley de desarrollo lineal y global.

En estos términos el mercadismo puede ser concebido como la introducción del mercado en un campo de fuerza. El mercadismo hace en realidad converger forzosamente y en la misma escala a la oferta y la demanda, a la producción y al consumo y, para hacerlo, normaliza, estandariza y barre lejos todas las viejas diferencias [...]. Postula y fabrica un nuevo tipo de pensamiento, el 'pensamiento único' y luego un nuevo tipo ideal de hombre-consumidor, 'el hombre

de talla única'. Funde juntos consumismo y comunismo. Y así sintetiza un nuevo tipo de materialismo histórico: 'mercado único', 'pensamiento único', 'hombre de talla única'" (p. 33).

"Después de 1989, con la ilusión de la victoria, ha cedido también el liberalismo, y lo ha hecho bajo la fortísima presión ideológica que venía del lado opuesto, es decir, del comunismo [...]. A partir de este proceso ideológico-creativo, deriva un nuevo culto político y dogmático practicado con las formas devotas del furor ideológico y del activismo extremista. De esta manera, a la utopía comunista se la ha sustituido por la utopía mercadista. Y así, primero en la economía y luego en la sociedad, se ha implantado la fábrica del nuevo hombre posmoderno.

La realidad se encuentra cada vez más en la economía, y la economía está cada vez más dominada por un pensamiento único que tiende a desbordar y demonizar las antiguas diferencias para cancelarlas, porque el consumismo funciona sólo en gran escala, y su eficacia crece sólo si se pone en marcha a escala global. El comunismo, por lo tanto, no ha terminado, sino que sólo se ha transformado, ha formado una estrecha alianza con el capitalismo, se ha trasladado de manera instrumental del control de los medios de producción al control primero de los productos y luego de los consumidores. En particular, es el comunismo el que ha provisto al consumismo del código de fuerza necesario para su difusión a escala global" (pp. 35-36).

Si esto es aceptable, no sería considerado paradójico, como podría parecerlo en primera instancia, que los más ávidos y entusiastas sostenedores del nuevo *laissez faire* a escala mundial –es decir, de la globalización– sean los políticos, los administradores y los estudiosos de "izquierda". De hecho ha ocurrido –especialmente en nuestro país, en la reciente batalla política y cultural– que los neófitos del liberalismo han argumentado que el liberalismo y la competencia –con sus efectos beneficiosos en el nivel general del producto nacional, constituyen la concepción y la orientación oportuna y nece-

saría para una política económica y social. Pero no sólo esto. En forma explícita se afirma que tal orientación cultural es una línea progresiva y es una línea de izquierda. “El liberalismo es de izquierda”.

Tal mezcla de ideas y tesis –expresadas por Tremonti y por sus oponentes en la escena cultural y política– nos lleva a detenernos a pensar. No es posible detener al mundo para bajarse, pero sin duda es posible –y consideramos necesario– tratar de entender lo que ha ocurrido, qué políticas han sido seguidas, quién ha sostenido y sostiene estas políticas, y cuál es el fundamento de las tesis de Giulio Tremonti y de sus adversarios culturales y políticos.

No tenemos la menor duda de que los beneficios del comercio internacional –tanto de los productos terminados como de los factores de producción– pueden obtenerse sobre todo si los países en relación de intercambio están, sustancialmente, al mismo nivel de desarrollo y si las reglas que vinculan y definen su modalidad y sus estructuras de producción son sustancialmente análogas. De este modo, no estamos en absoluto convencidos de que la teoría ricardiana de los costos comparativos pueda tener efectos positivos sin una serie de cualificaciones y limitaciones. Sin embargo, esto no corresponde al desarrollo conceptual –cultural, político y de política económica– prevaleciente y generalizado tanto en nuestro país como a escala internacional. Tampoco, de hecho, cuando se establecen acuerdos de libre comercio a escala bilateral o multilateral, existe la preocupación de elaborar o al menos de alentar soluciones que no determinen situaciones que pueden ser no sólo negativas, sino también devastadoras desde múltiples puntos de vista para un país más que para el otro.

Ahora bien, se da el hecho de que hasta la caída del Muro de Berlín, es decir, hasta el final de la Unión Soviética, la opinión predominante en el mundo occidental, sobre todo en la *intelligentsia*, no era, de hecho, favorable al capitalismo, al liberalismo, al libre comercio. Esto no es una novedad. Hemos tenido ocasión de subrayarlo muchas veces. Invitamos a aquellos que no conocen

este aspecto de la historia del pensamiento económico a leer el relato que James M. Buchanan –un teórico del libre mercado, hostil, en principio, el Estado Leviatán– hace de su experiencia durante décadas en el interior de famosas universidades americanas antes de su llegada a la Universidad George Mason en Fairfax y de haber creado el *Public Choice Center*.

Por otra parte, la lógica imperante en la cultura y también en la política económica de nuestro país, –así como en Francia y en Alemania– fue bastante favorable a la intervención pública en la economía, incluso a través de empresas públicas, para apoyar la necesidad de la planificación económica, en una situación de “fallas de mercado”. Es también el mismo marco conceptual y de pensamiento, que en Italia no estaba solamente en la oposición de izquierda –es decir, el Partido Comunista y el Partido Socialista–, sino también en la misma Democracia Cristiana, lo que se puede fácilmente explicar, porque en el Tratado de Roma de 1957, en el que se crea el Mercado Común Europeo, se ha seguido una línea de gran prudencia en la liberalización del comercio, para llegar sólo en un período de cuarenta años a la plena movilidad de bienes y factores de producción. En cambio, lo que ha ocurrido desde 1989 se explica precisamente por la euforia intelectual y la capacidad de influencia política de los partidarios del mercado libre experimentadas desde el colapso del sistema de poder político y cultural comunista y –aunque en menor grado y más lentamente– de la izquierda en general.

Esto es un hecho. Se han producido conversiones repentinas, motivadas en parte por un cínico pragmatismo, para permanecer presentes en la escena en un contexto político-cultural internacional profundamente transformado, dado el desconcierto ligado a la evidencia del fracaso económico y social de un modelo de referencia –el soviético– en el cual se había apostado, se había jugado la vida y sobre el cual famosos intelectuales de nivel internacional habían escrito bibliotecas enteras.

Queremos decir con esto que no parece tan evidente que el triunfo de la globaliza-

ción y del libre mercado, el mercadismo, constituya también una suerte de venganza póstuma del comunismo.

Pero recapitulemos. De acuerdo con la tesis de Tremonti “mercadismo” es la degeneración del liberalismo, el triunfo del pensamiento único y encuentra sus raíces en el comunismo y la izquierda. En esencia, el mercadismo es una ideología que expresa una idolatría del mercado considerado como un instrumento capaz de resolver todos los problemas individuales y colectivos vinculados a la disponibilidad de todo lo que puede parecer importante a nivel individual y colectivo. Y una de las consecuencias y las expresiones concretas del mercadismo sería el consumismo.

El mercadismo –y el consumismo– es pues una ideología (que inspira una praxis) o una praxis sobre la cual se elabora una ideología, que pone como objetivo relevante una disponibilidad sin fin de bienes, no para satisfacer necesidades esenciales e imprescindibles, sino por el gusto de tener, en conformidad a deseos de alguna manera artificialmente contruidos. Satisfacer estos deseos de los bienes más variados, consumir cosas siempre nuevas, según modelos que corresponden aparentemente a elecciones individuales totalmente libres, se convierte en un imperativo en estas sociedades.

Una tal satisfacción se hace posible en las sociedades que no son más pobres, donde la gran mayoría de la gente no debe luchar por lo esencial: es decir, por el pan de cada día, las prendas de vestir básicas, el pago del alquiler de una vivienda modesta. De hecho, todo esto se ha convertido en la realidad que está ante nuestros ojos desde hace décadas, y hoy más que nunca. El hecho es que este crecimiento de deseos crecientes sin fin y su satisfacción no sólo condujo a la búsqueda y la adquisición de objetos, (bienes y servicios) incluida la construcción y la veneración del propio cuerpo, el uso en el modo más variado e imaginativo del tiempo libre cada vez mayor, sino que ha tenido como fenómeno concomitante la desaparición de los modelos tradicionales de vida.

En el comentario al libro *Los riesgos fatales* ya habíamos puesto en evidencia cómo en

los años sesenta y comienzos de los setenta la dramática y enorme transformación de nuestra sociedad ya había sido puesta de relieve por Pier Paolo Pasolini. Él veía delante de sus ojos –como vemos también nosotros– lo que estaba ocurriendo: el fin de la vida campesina, con todo lo que acompañó a ésta durante tantos siglos, y la aparición en unas pocas décadas de una sociedad industrial, moderna y, posteriormente, en un corto espacio de tiempo, posmoderna, que se refleja también en nuestra sociedad de consumo.

Con el fin de la civilización y la sociedad campesinas, con sus rituales, su estilo de vida, sus valores, ha desaparecido para la gran mayoría también la pobreza. Y nosotros no queremos aquí hacer la descripción de la pobreza ni de las condiciones de vida –que eran realmente miserables– con un número infinito de ejemplos posibles y bien conocidos que hoy se presentan en los museos de la vida campesina existentes en las regiones y entes locales.

La razón por la cual hemos recordado todo esto es que la explicación de la cultura (en sentido antropológico) y luego del “estilo de vida” dominante en nuestra época parece ser mucho más compleja e intrincada que cómo la presenta el esquema de Tremonti. Queremos decir que no ha sido sólo la globalización y la izquierda (en particular la izquierda comunista) las que han dado lugar a la explosión de la sociedad tradicional.

Nos hemos preguntado y preguntamos de nuevo: ¿por qué ha sido abandonada la religión de nuestros padres? ¿Por qué cae –siempre en gran número– el compromiso civil en la dimensión y en el sentido del crecimiento personal en vista de objetivos culturalmente relevantes? ¿Por qué la Iglesia Católica se ha convertido en un pequeño rebaño? ¿Por qué las iglesias –como señala en forma oportuna Tremonti– están llenas de turistas por fuera y vacías de fieles por dentro?

Nos parece razonable pensar en el papel jugado por el ‘68; pero el ‘68 ha sido un epifenómeno, el momento público de expresión de un proceso de secularización que en

Europa y en todo el Occidente se puso en marcha tiempo atrás, mientras que en Italia se llevó a cabo, en particular, a partir de los años sesenta. Proceso en el cual desempeñaron un papel importante las transformaciones dentro de la Iglesia Católica.

Estas enormes transformaciones se estaban llevando a cabo mucho antes de que la China entrase en la Organización Mundial del Comercio, y de que se diese una invasión de los productos de Oriente en una dimensión impredecible. Ciertamente (o al menos muy probablemente) si la globalización hubiese estado regulada, si se hubiesen adoptado normas destinadas a graduar tal gigantesca transformación, el impacto habría sido menos devastador en una gran cantidad de aspectos. Probablemente habría habido menos deslocalizaciones industriales, menos pérdida de puestos de trabajo, no tan fuertes aumentos en los precios de la energía y de los alimentos, empezando por aquellos esenciales, con perspectivas cada vez más oscuras.

Pero el hecho de que millones de personas hayan llegado del tercer mundo a Europa está vinculado a la diferencia enorme entre los lugares de la miseria y nuestras sociedades cada vez más ricas. En los años cincuenta, sesenta y también en los setenta, muchos italianos emigraron para trabajar. En aquella época no había aquí inmigrantes provenientes de todas partes del mundo. Y, por otro lado, no era un deshonor realizar un trabajo manual que hoy casi ninguno quiere hacer.

El hecho, sin embargo, –como Tremonti pone bien en evidencia– es que no vienen aquí sólo trabajadores no calificados para desempeñar funciones serviles o de bajo perfil tecnológico. De todas partes del mundo llegan personas que quieren progresar, y llegan trabajadores del mundo de la economía, de las finanzas, de la ciencia, del arte que con su presencia, con sus proyectos, ideas, y cultura (incluyendo su religión o no religión) en un plazo más o menos largo transformarán (o podrían transformar) a Europa en una realidad completamente diferente a la de ayer, y también a la de hoy.

Más allá de la cuestión de la génesis de la

sociedad consumista, estamos totalmente de acuerdo con Tremonti en que con el triunfo del consumismo y el final de la sociedad tradicional también se perdió una gran cantidad de valores espirituales. Ahora bien, se podría decir que, si no se entienden exactamente las causas de una transformación negativa en una sociedad –así como se hace frente a cualquier enfermedad– no podremos encontrar la solución. El hecho es que –aparte de lo que sucedió en la historia– están hoy en la escena y nos tocan de cerca procesos económicos, demográficos, culturales, sociales, gigantescos y dramáticos.

De esto Giulio Tremonti es plenamente consciente. Lo que él quiere y propone –y, por lo tanto, coloca en una perspectiva utópica– es la realización de una unión política de Europa, pasando de una dimensión y objetivos puramente económicos, a un efectivo parlamento y gobierno de nuestro continente.

Incluso en esa perspectiva, pero tal vez (o probablemente) independientemente de ésta, Tremonti ve como recomendable un enfriamiento de la globalización para controlar las transformaciones económicas y sociales negativas. Y éste es el aspecto del libro en el que se centró la atención, diciendo que se trataba de una propuesta neo-proteccionista o neo-colbertista.

En realidad, la visión de Tremonti y su propuesta son mucho más ambiciosas que la introducción de medidas temporales de defensa de determinadas producciones y de reglas a ser respetadas por todos aquellos con quienes se establece una relación de intercambio.

Lo que él propone, en un impulso entre profético, artístico, poético y portador de un mensaje político y religioso al mismo tiempo, es que Europa pueda transformar la gigantesca y creciente masa de personas inmigrantes de todo el mundo, convirtiéndolas en europeas. Es decir, personas capaces de recibir el mensaje y el estilo de vida característico de la civilización urbana de nuestro continente. Los valores de la libertad, la misericordia, la capacidad para la cooperación y la creatividad, que han estado presentes a pesar de todas las guerras y

luchas sin sentido que durante siglos estuvieron aquí en escena.

El mensaje fundamental de este libro está probablemente en esta propuesta cultural y política. La idea (propuesta, sueño, esperanza) es encontrar, empezando con los europeos, los valores que en la versión tradicional se definían como Dios, patria y familia, y que Tremonti enuncia en siete palabras, es decir, valores, familia, identidad, autoridad, orden, responsabilidad, federalismo. Él piensa que este enfoque cultural puede ser impuesto por la fuerza del poder –superando las ilusiones del ‘68 de participación total en toda decisión colectiva– a partir de una educación dirigida, ya en la escuela, a los valores en los que él cree.

Muchos siglos atrás, en una situación en la que la barbarie imperaba en el Imperio Romano en disolución, la Iglesia desempeñó un papel fundamental en la fusión de pueblos antiguos y nuevos tanto en los confines de Italia como en otras regiones. Hoy el territorio de invasión es toda Europa y el miedo por el futuro está totalmente justificado. La esperanza de Giulio Tremonti se basa en hacer menos traumático este otoño de nuestra civilización, en una transición que cree y espera que lo que cuenta para nosotros y contó para nuestros padres pueda todavía valer, pueda todavía desempeñar un papel.

Andrea Villani

Traducción: Carlos Hoevel



UCA

Carrera de Especialización en Doctrina Social de la Iglesia

En cooperación con la Pontificia Universidad Lateranense (Roma)

Acreditada por CONEAU. Resolución N° 44/07

El plan de estudios consta de un primer ciclo propedéutico, principalmente teológico, que contiene una presentación de diversas disciplinas (filosofía, política, derecho, economía y sociología) en diálogo con la enseñanza del Magisterio; y un segundo ciclo en el que se abordan, siguiendo el orden del Compendio de la Doctrina Social y de manera interdisciplinaria, puntos centrales de la cuestión social de nuestro tiempo, con un especial énfasis en la problemática argentina.

Duración: un año y medio

Inicio: Marzo de 2009 (Apertura de inscripciones: febrero de 2009)

Informes y solicitud de entrevistas: Lic. Ricardo Albelda
4338.0838 | ricardo_albelda@uca.edu.ar

50 Cincuentenario
1958 · 2008
UCA

Pontificia Universidad Católica Argentina
Instituto de Cultura y Extensión Universitaria